

Contra los periodistas

Jesús M. Aguirre

El título del artículo nos lo ha sugerido la lectura «Contra los periodistas y otros contras» de Karl Kraus, en edición preparada por Jesús Aguirre —duque de Alba y sin parentesco con el autor— (Ed. Taurus, 1992). No deja de ser sugestivo distanciarse algo de la polémica inmediata desatada por el Proyecto de Reforma de la Ley de Ejercicio del Periodismo para repensar el rol del periodista y su reconversión postmoderna con más profundidad de campo.

Kraus, nacido en 1874 en la antigua Checoslovaquia, fundó el periódico «Die Fackel», casi enteramente producido por él, en 1899, y se convirtió en la conciencia moral de Viena hasta su muerte en 1936. Sus aforismos sobre el rol del periodista retratan la figura de la profesión naciente, a caballo entre los escritores afamados y los escribientes de folletines, y en una explosión contra la nueva especie se pregunta: «¿Por qué no habrá la eternidad querido abortar este engendro del tiempo?». El drama del oficio de los periodistas es que «escriben porque no tienen nada que decir, y tienen algo que decir porque escriben». Enfatizando más tajantemente la falta de substancia y contenido del periodismo acusa: «No tener una idea y poder expresarla. Eso hace el periodista». El mundo elitesco germanoaustríaco —piénsese en la Viena de Wittgenstein, Freud, Schönberg, Brecht...— no soporta esta especie híbrida de ocupación, que no se sostiene ni sobre la historia, ni sobre las ciencias humanas, ni siquiera sobre el arte, la literatura selecta o alguna disciplina sólida. Su sentencia más lapidaria y demoledora la aplica al referirse al papel cultural del periodismo en el conjunto social:

«Los cuchillos dicen : ¡sin nosotros no habría jamón!

Los periodistas dicen : ¡sin nosotros no habría cultura!

Los gusanos dicen : sin nosotros no habría cadáver».

En otras palabras, los operadores de la naciente industria cultural, expresión acuñada posteriormente por Horkheimer y Adorno, no era capaces más que de producir detritus, subliteratura, pseudohistoria, y otros subproductos.

ENTRE POLITICOS Y PERIODISTAS

Con una visión menos moralista, pero a mi juicio más prospectiva, el sociólogo Max Weber, en una conferencia ya clásica de 1919 sobre «La política como vocación», apunta también sobre estos nuevos mediadores sociales. La demagogia moderna en la sociedad de masas requiere de cantidades aterradoras de discursos, y para ello están sus productores: «El publicista político, y sobre todo el periodista —afirmará— son los representantes más notables de la figura del demagogo en la actualidad». Un buen punto de meditación para nuestros políticos metidos a periodistas y para nuestros periodistas implicados en política. Y subraya la palabra periodista para refocilarse a continuación con el siguiente retrato sociológico: «El periodista comparte con todos los demás demagogos, así como también (al menos en el Continente...) con el abogado y el artista, el destino de escapar a toda clasificación precisa. Pertenece a una especie de casta de parias que la 'sociedad' juzga siempre de acuerdo con el comportamiento de sus miembros moralmente peores».

¿No le parece acertado este matiz para distinguir lo que ha sido una atribución estereotipada y difundida por las élites intelectuales, que no re-

conocen siquiera como Weber que «una obra periodística realmente 'buena' exige al menos tanto espíritu como cualquier obra intelectual, sobre todo si se piensa que hay que realizarla a prisa, por encargo y para que surta efectos inmediatos?»

La falta de clasificación social, observada por Weber, se sostendrá, por otra parte debido a ciertas estrategias inescrupulosas de la explotación del periodismo en Estados Unidos, donde ya se expande el periodismo industrial. Joseph Pulitzer, inmigrante húngaro que de simple reportero de una gaceta germano-americana, llegó a director propietario de St. Louis Post Dispatch y más tarde de «New York World». Convencido de que la práctica de las responsabilidades de la información pública no pueden ser dejadas al azar o a la autoeducación, respondía a los opositores de la formación periodística que «la única posición a la que un hombre puede triunfalmente llegar por el simple hecho de haber nacido es a la de idiota». Para cualquier otra cosa «some training is required», y para la complejidad del periodismo contemporáneo con más razón.

La ruta abierta por Pulitzer desembocará en la creación de Escuelas de formación, aunque en el camino sus competidores Bennett y Hearts se encargarán de enturbiar el nuevo perfil del periodista, sometido a estos industriales, tildados de «turkey buzzard» y «pollute wretch» (pavo majadero y miserable corrompido). Dejado el periodismo ideal a la imaginación, los periodistas reales quedarán estigmatizados por una suerte de incompetencia teñida de inmoralidad.

PECULIARIDADES DE NUESTRO PERIODISMO

En nuestros lares venezolanos, a pesar de los anacrónicos llamados al Bello y Bolívar periodistas, confluirán ambas vertientes ideológicas, la germano-europea tamizada en gran parte por Ortega y Gasset, y la norteamericana, trasplantada por el estilo de los empresarios, que enrumbaron «El Universal». Pero la impronta militante de la generación del 28, inspirada por el marxismo, dará un tajo con

estas concepciones lastradas por el elitismo europeo y el mercantilismo sajón. Al aún sobreviviente y casi marginal espíritu de apostolado de la prensa, mantenido por La Religión, se impondrá la mística de la transformaciones sociales y la dignificación de sus intermediarios ideológicos a través de la creación de la Asociación Venezolana de Periodistas, distinta de la Asociación de Escritores. Y, en pleno hervidero ideológico, entre dictaduras, transiciones y golpes de estado, la lucha por la libertad de expresión, la reorganización permanente de la AVP hasta constituirse en Colegio y el esfuerzo por la creación de la Primera Escuela de Periodismo de la UCV en 1947 y las subsiguientes del Zulia y la UCAB, moldearán la identificación de los periodistas de prensa y sus modulaciones en radio y televisión.

Humberto Cuenca, una vez superadas las reticencias sobre la enseñanza universitaria del periodismo, retoma las viejas diatribas orteguianas para darles respuesta. Ortega y Gasset, fundador de periódicos, escribía: «Yo no quisiera molestar en dosis apreciable a los periodistas. Entre otros motivos, porque tal vez yo no sea otra cosa que un periodista. Pero es ilusorio cerrarse a la evidencia con que se presenta la jerarquía de realidades espirituales. En ella ocupa el periodista el rango inferior (...) El periodista es no sólo una de las clases menos cultas de la sociedad, sino que, por causas, espero transitorias, admite en su gremio a seudointelectuales chafados, llenos de resentimientos y de odio hacia el verdadero espíritu» (citado en «Imagen Literaria del Periodismo», 1961: 234). Cuenca se pregunta si acaso las inconsecuencias, los resentimientos y otras bajezas son exclusivas del ejercicio periodístico. Por lo demás, una de las causas transitorias del bajo nivel ocupacional era justamente la falta de una sólida formación académica, en buena parte subsanada. Tal vez hoy Ortega y Gasset enfilaría sus baterías contra el exceso de clientelismo, promovido por los Gobiernos, y las com-

ponendas de las facciones políticas.

En todo caso, hoy, la profesión del periodista, aunque no sea más que por el conferimiento de status que otorgan los grandes medios de difusión, muy especialmente los electrónicos, ha ganado un prestigio y credibilidad notorios. Su posición ya no se sustenta solamente por los préstamos o la auras provenientes de los cruces del escritor-periodista, abogado-periodista, político-periodista, sino por



sus propias credenciales académicas y éticas. Más aún en condiciones particularmente riesgosas y críticas para el país —23 de enero de 1958, 27 de febrero de 1989, 4 de febrero y 27 de noviembre de 1992— han sabido conferir a la profesión un aura de riesgo y heroísmo, que explica las representaciones favorables a su intervención en diversas encuestas nacionales de opinión. A nuestro juicio, sin embargo, uno de los hitos claves de este proceso fue la promulgación de la Ley del Ejercicio Profesional en 1975.

LOS ACTORES Y ARGUMENTOS DE LA POLEMICA

En esta etapa de consolidación del periodismo los opositores de la Ley de Ejercicio del Periodismo han sido principalmente los empresarios, que temían la reglamentación de los patrones salariales, y los intereses de un grupo de periodistas empíricos, que se sentían amenazados en sus puestos por la llegada de los jóvenes egresados de las Universidades. Con respecto a éstos últimos, el Colegio llevó con inteligencia la transformación de la AVP y la incorporación de los profesionales veteranos, a través del reconocimiento de los años de experiencia o la preparación de cursos adaptados.

Las diferencias con los empresarios son más difíciles de solventar, pues quienes orientan su productividad bajo la estrategia de reducir mano de obra y/o rebajar sus costos, mantienen de facto un interés latente en mantener el trabajo periodístico como relativamente descalificado. ¿Acaso sabe el director de El Universal, fuerte crítico del CNP, que su propuesta de «periodismo investigativo», ha sido una de las líneas trabajadas y promovidas con ahínco hace muchos años por el mismo gremio periodístico y que casi nunca ha tenido resonancias en la clase empresarial por los costos y riesgos que implica? Por lo demás la acusación de que la Colegiación constriñe la liber-

tad de expresión no es muy diversa del dieciochesco intento de prohibición de todas las asociaciones de trabajadores con el argumento de que atentaban contra la libertad del empresario. ¿Será que las únicas asociaciones no restrictivas, particularmente del ejercicio periodístico son el Bloque de Prensa, la SIP y las Cámaras de empresarios? Lejos de cualquier manual de marxismo-leninismo les recuerdo la recomendación sabia de William Jennings en el Congreso Internacional de Prensa: «Se contribuiría al bienestar público y al robustecimiento de la prensa, si cada propietario de

periódico hiciera saber a sus lectores el interés pecuniario que le concierne en la política del gobierno que recomienda». Y otro sí, añadido de mi propia cosecha, los intereses monetarios vinculados a la desreglamentación del ejercicio profesional y a la eufemística flexibilización del trabajo. Y esto no con el afán de demonizar el lucro, sino de no confundir las ventajas de la libertad del empresario con la libertad de prensa.

La polémica con otros agentes, llámense intelectuales, políticos, escritores, abogados, que participan en las páginas de opinión o mantienen entrevistas en radio y televisión, y en general no viven del ejercicio del periodismo, posee otro giro diverso. Cuando no se suman a la misma estrategia empresarial, pues el conchabe mecenas-empresario-escritor es de vieja data, estos colaboradores de los medios nunca han sido objetados, cuando se han mantenido en sus funciones específicas. El mismo proyecto de reforma actual considera en su artículo 4° que «las empresas periodísticas podrán publicar artículos y otras colaboraciones de opinión nacionales o extranjeros, aunque los autores no sean miembros del CNP». Aquí cabe la polémica sin fin en razón de la dificultad de determinar cuáles son los formatos exclusivos de los periodistas y de otros escritores, porque dudo que un escritor medianamente dotado no sea capaz de manejar los formatos periodísticos o de que un buen diseñador gráfico no pueda diagramar un periódico. Es decir, más allá del problema formal del título universitario, en cualquier profesión se plantea la cuestión de cuáles competencias y destrezas domina esa ocupación frente a los profanos, o en el caso del periodista, que otros no sean capaces de realizar.

UNA MIRADA PROSPECTIVA PARA LOS AUDACES

En toda ocupación o profesión el carácter de exclusividad viene dado por el grado de control de la especia-

lidad respectiva. Desde ahí se pretenden justificar los otros privilegios de autonomía, colegiación, intervención en políticas globales, etc. Mi opinión personal es que la defensa «cerrada» del periodismo tendrá un handicap creciente en comparación con las otras profesiones. En el pasado el leer y



MANDO

escribir fueron competencias exclusivas de una casta asociada al poder — llámense sacerdotes, escribanos, cortesanos...—, que controlaba el discurso social público; pero este coto fue subvertido desde que sonaron los gritos de libertad, igualdad y fraternidad. Desde el movimiento inspirado por la Ilustración las destrezas de lectura y escritura han ido socializándose y hoy los analfabetos son minoría. Tales habilidades se han convertido en condiciones básicas para el ejercicio democrático: es un derecho de todos enterarse de la cosa pública y poder responder —obviamente a través de los medios— en público.

Estas competencias pueden y están siendo ampliamente socializadas por los nuevos canales de radio y televisión, que ni siquiera requieren las habilidades de lectoescritura, además de que las nuevas generaciones han surgido en medio de ellas, hasta el punto de que constituyen casi unos prótesis de los jóvenes de hoy. En adelante, las competencias parecen estar más vinculadas a los «saberes» que a las destrezas «expresivas», cada vez más compartidas, una vez que los técnicos resuelven la canalización.

Aplicando la cuestión a un conjunto de actividades que ejercen los periodistas —informar, entrevistar, opi-

nar, entretener, etc.—, me pregunto si muchas de estas actividades no entran en el repertorio de cualquier hombre culto moderno y si muchas de estas actividades no pueden ser realizadas por otros profesionales, sin excesiva preparación adicional. Por ejemplo, ¿no pudieran un médico, un

sicólogo, un abogado o un sociólogo, pertrechados con un entrenamiento básico, entrevistar tan bien como un periodista o mejor y realizar reportajes sobre su campo de competencia? No negamos el valor del entrenamiento en el «rewriting» y en la adaptación de los mensajes a los públicos; pero tales habilidades son bastante manejables con otras capacitaciones

como las de profesor o estu- dioso de las letras. En síntesis la validez del periodismo como ocupación está en responder a la siguiente pregunta: ¿QUE SABE Y PUEDE HACER EL PERIODISTA, QUE NO SEPAN Y PUEDAN HACER OTROS PROFESIONALES O CIUDADANOS COMUNES?

Si revisamos los nombres de los personajes reconocidos con el Premio Nacional de Periodismo hasta finales de los ochenta, nadie se sorprenderá de encontrar a Uslar Pietri, a Manuel Caballero y otros, que no viven del ejercicio del periodismo y que tampoco se autodefinen principalmente como tales. Presumo que el uno preferirá autoconsiderarse una lumbrera intelectual y el otro un historiado eximio. ¿En razón de qué se les otorgó el premio? Podrá objetarse que en el pasado no estaban formalizadas ciertas reglas como la obtención del título de comunicador; pero esto no invalida el proceso por el que actualmente siguen surgiendo comunicadores excelentes, provenientes de otras profesiones y aun de las mismas gerencias de las empresas, cuyas posiciones demuestran la posesión de capacidades bastantes singulares. No sé si Elías Santana cuenta con el carnet del CNP; pero estoy seguro que las organizaciones vecinales justificarán su ejecu-

toria comunicacional al servicio de las comunidades.

Un colega me comentaba su plan de escribir un libro sobre los periodistas profesionales que más daño han hecho al gremio, y en la primera lista improvisada se hallaban unos cuantos personajes exitosos, unos con título universitario y otros sin él, pero que lograron enrolarse oportunamente en el CNP. No los menciono para respetar el tubazo del autor. Digamos, pues, que los incompetentes pueden aflorar dentro y fuera del gremio, y que el Colegio debe guardarse de unos y otros, más allá de los límites de la carnetización. Porque en el campo de quienes participan en la comunicación pública ni están todos los que son, ni son todos los que están.

MAS ALLA DE LA LEY

Hoy cada vez más los analistas de las profesiones critican la paradoja de unas profesiones que, surgidas bajo la consigna del mayor servicio común, se convierten en cotos cerrados de privilegios. Los mecanismos gremiales terminan obedeciendo más a los

intereses intragrupalos que a las proclamas ideales, y, hoy por hoy, el periodismo pugna por controlar su segmento en el mercado laboral. La historia de las profesionalizaciones nos demuestra que ésta es una pugna entre las definiciones del Estado, de los empresarios, de las otras ocupaciones vinculadas jerárquica o lateralmente, y los defensores de la profesión emergente. Hoy, tal vez, lo periodistas se puedan valer de un influjo mayor en el Congreso, por una participación cuantitativa notable en las comisiones.

Hay dos modos de controlar un terreno o un campo de trabajo: rodearlo de alambradas para que nadie pueda entrar o dejarlo abierto, y plantar en medio una enseña gremial que defina los linderos con base a las credenciales del ejercicio cualificado, más allá de las aulas. No creo que la persecución del ejercicio ilegal por la tenencia o no del carnet, útil para todas las ventajas sociales efectivas que promueva el Colegio, prospere en el futuro en la asignación de los recursos laborales. Y esto por la simple razón de la reconversión tecnológica vincu-

lada a los multimedia, y de la redefinición de puestos de trabajo que va a implicar.

En la época del derecho a la comunicación, nos debíamos de alegrar cuando veamos que alguien sin credenciales ejerce el servicio informativo allí en el interior o en los barrios donde no llega ningún periodista. Y así mismo, cuando veamos que otros profesionales entrevistan dignamente sobre la salud física o psicológica, desarrollan reportajes educativos sobre el acontecer nacional e internacional y proyectan hábilmente sus informaciones y saberes en favor de la comunidad, tendríamos que sentirnos acicateados para mejorar nuestras competencias por puro instinto de emulación.

Pero, si detectamos irresponsables, sean o no del gremio, ejerzamos una función ética, a través de todos los mecanismos a nuestro alcance: pase a tribunales disciplinarios o denuncias públicas. Porque lo que es bueno para el Bien Común no tiene por qué ser nocivo para los periodistas, que se autodefinen como servidores del pueblo.

REVISTA

Juntos

La Revista de la Acción Popular

Publicación Trimestral

Editada por



CENTRO AL SERVICIO DE LA ACCION POPULAR

Desde hace 4 años el Centro al Servicio de la Acción Popular (CESAP), presenta a las organizaciones comunitarias del país este Medio de Comunicación como herramienta de acción y reflexión, con el propósito de convertirse en referencia para la actividad del Movimiento Popular Nacional e Internacional; como expresión libre de sus opciones, esperanzas y luchas, convocando el bienestar social necesario.

SUSCRIPCION: Bs. 600,00 (4 números al año)

NUMERO SUELTO: Bs. 60,00

COLECCION DE 20 NUMEROS GRATUITA PARA SUSCRIPTORES

San José a San Isidro, (Al Lado Abadía), Caracas 1010-A, Aptdo. 4240, Venezuela

Telf. 81-38-85/ 862-74-23 Fax: 862-71-82